Lenguaje y cacoutopía en la novela *1984* de George Orwell

Luis Maggiori

Resumen: El artículo analiza la novela *1984* de George Orwell, tomando como referencia las categorías lenguaje y cacoutopía, para de esta manera, estableciendo vinculaciones internas y externas a la obra y al contexto.

Palabras clave: lenguaje - caoutopía - utopía - lengua - contexto

Antes de abordar y profundizar en los mecanismos de la compleja maquinaria que el poder político, en la novela de George Orwell, *1984*, implementa -utilizando al lenguaje como su herramienta más poderosa- para dominar al hombre, es necesario fijar dos temas fundamentales. El primero de ellos es el pensamiento como planificador de mundos alternativos. Y en orden a esta idea es que podemos hablar de *utopías* (*u*: no; *topos*: lugar) en sus dos dimensiones: a-*eutopías* (utopías en sentido positivo) y *cacoutopías* (utopías en sentido negativo). Cabe destacar entonces, que todo lo que produce el ser humano, como homo creator, antes existe en su mente. Y en este sentido, a todos los habitantes de este mundo nos rige el Principio de Mentalismo. El segundo de los temas se vincula estrictamente con el lenguaje como creador y materializador de mundos alternativos. Muchos son los antecedentes literarios que nos hablan al respecto, pero sólo citaremos dos a modo de ejemplo. El primero de ellos corresponde al Evangelio de Juan:

> *En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.*
> *Este era en el principio con Dios.*
> *Todas las cosas por él fueron hechas; y sin él nada de lo que es hecho, fue hecho.*
> *En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres* (San Juan 1: 1-4).

Este pasaje nos remite a dos ideas básicas. La primera: que el verbo, antes de ser proferido, estuvo en la mente del Todopoderoso. Y si este verbo materializó todo lo que fue, es y será, tanto en el tiempo como en el espacio, debemos concluir que este mundo, inmensamente rico y variado, es, necesariamente, una representación de la mente de Dios. Y en esta idea se basa el conocido tópico de la literatura denominado *El gran teatro del mundo*. Por ello, cuando uno se pregunta cuál es el rol, el papel, que ha venido a cumplir a este mundo, no hace otra cosa que interrogar la mente del Eterno. Por consiguiente, aproximarse a ella implicará conocer casi todo sobre nosotros mismos. Pero esta concepción, llevada a un plano estrictamente material y político, nos llena de inquietud porque si un estado totalitario es el que se encarga, a través del uso que hace del lenguaje, de decir qué cosa es la realidad, entonces el ciudadano se precipitará en una *matrix cultural* que comenzará a pensar por él.

El segundo de los antecedentes literarios lo encontramos en el *Adán Buenosayres*, de Leopoldo Marechal:

> Luego, el título de "imitador" conviene al poeta, en cuanto al material con que trabaja, es decir, en cuanto a las formas o números ontológicos que no ha inventado él, sino Dios. Pero también le conviene, y con mayor exactitud, en cuanto a su modus operandi y a su gesto creador. Todo artista es un imitador del Verbo Divino que ha creado el universo; y el poeta es el más fiel de sus imitadores, porque, a la manera del Verbo, crea "nombrando" (1973:307).

Entendemos que este título de imitador no sólo se circunscribe al poeta sino al hombre en general, puesto que el lenguaje es un don que todos los seres humanos poseemos por igual. Pero mucho más le conviene al político para quien el lenguaje es un instrumento de acción.

El ser humano, como ser social y manifestado en el mundo de la dualidad, deberá escoger, a partir de su libre albedrío, uno de los dos caminos: el de la eutopía o el de la cacoutopía. Sobre el peligro de elegir para su mente la segunda de las semillas, es acerca de lo que nos alerta Orwell en su impar novela.

1984 es una novela que nos muestra un mundo irrespirable, carente de luz y de amor. Un mundo perverso en el que las cosas ni siquiera están como en el carnaval: patas para arriba, porque se ha perdido el derecho y el revés de las cosas. Una

sociedad en la que la mentira ha dejado de ser lo contrario de la verdad para convertirse en una versión más de la realidad, es más: en la única versión posible que admite, genera y cristaliza el estado totalitario de Oceanía. Un mundo en el que el hombre –a la manera del mito del Golem de los cabalistas hebreos- ha perdido su alma porque una poderosa ideología gobernante lo ha despersonalizado a puntal tal de poder reducirlo a una nopersona (en términos de la Neolengua), es decir: no ya un ciudadano que ha sufrido el proceso de reintegración -que se circunscribe en tres prácticas: *aprender*, *comprender* y *aceptar*- sino alguien a quien se puede matar y hacer desaparecer (*vaporizar* en Neolengua) borrándolo de un documento para luego afirmar que jamás ha existido.

Si existe una herramienta poderosa y vital para la lógica política, ella es el lenguaje. El escritor Ricardo Piglia (2006) no dice: "Y hay una voz pública, un movimiento social del relato. El Estado centraliza esas historias; el Estado narra. Cuando se ejerce el poder político se está siempre imponiendo una manera de contar la realidad. Pero no hay una historia única y excluyente circulando en la sociedad".

Y este concepto, que expresa el escritor argentino, se manifiesta de manera palmaria en la historia que nos cuenta Orwell.

Utilizando una perversa ironía, el Estado totalitario, que enarbola los principios del INGSOC (Socialismo Inglés), planea e instrumenta sus acciones a partir de los siguientes ministerios: de la *Verdad*, de la *Paz*, del *Amor* y de la *Abundancia*. No está de más decir que todos estos nombres son verdaderas *antífrasis*.

El que nos ocupa en este trabajo es el Ministerio de la Verdad, en donde trabaja Winston Smith, el personaje protagonista de la historia.

Fiel al principio de que al lenguaje hay que centralizarlo para luego emplearlo, más que para reflejar la realidad, para crearla, este ministerio inventa lo que se denomina la Neolengua: un sistema lingüístico e ideológico con el que, a partir de diversas estrategias, el Estado se apoderará de la realidad y, por ende, de la vida de los hombres. Algunas de las acciones que esta institución realiza son las siguientes:

a- La redacción de un Diccionario (onceava edición) único que tiene por objetivo no sólo la invención de neologismos, sino la tarea de podar centenares de palabras que

desaparecerán del lenguaje produciendo un vacío referencial inexorable.

b- La tarea de rectificación de *documentos institucionales*. Esta tarea no solo se realiza en los textos de boletines oficiales sino en noticias periodísticas, y consiste en cambiar pasajes de un discurso en el que se prometió algo que, llegado el momento, no se puede cumplir. Ejemplo: El Ministerio de la Abundancia promete no reducir la ración de chocolate para los ciudadanos. Como esto no se puede instrumentar, las personas como Winston serán las encargadas de modificar el fragmento sustituyendo una promesa inicial por una advertencia de que, en determinado mes, se dijo que se reduciría la mencionada ración.

c- La destrucción de la literatura precedente a la revolución: Chaucer, Shakespeare, Byron, Milton. De sus obras sólo quedarán versiones *neolingüísticas*.

d- La instrumentación de *agujeros de la memoria*: tubos por donde pasan, para ser destruidos, todos los documentos que se consideran inservibles.

e- La obliteración del pasado encarnada en la reescritura de los libros de Historia. El efecto que produce esta práctica es que jamás se podrá llegar a probar nada fehacientemente.

f- La invención de axiomas, canciones, slogans y discursos; en suma: todo un aparato semiótico destinado a la adoración del Gran Hermano.

g- La creación de neologismos, a saber: *caracrimen*: término usado para personas sospechosas, es decir, aquellas que manifestaban una expresión impropia; *crimental* (crimen mental): vocablo utilizado para toda persona que se haya permitido un pensamiento propio, por citar algunos casos.

La lista de estas ignominiosas acciones perpetradas con el lenguaje, desde el poder estatal, es muy larga y alcanzan estos ejemplos. De todos modos no queremos dejar de mencionar una, por lo oprobiosa y abyecta: el empleado Ampleforth, en su tarea de preparar la edición definitiva de los poemas de Kipling osó dejar la palabra *Dios* -para que *God* rimara con *rod*- al final de un verso. Y esto le valió la detención y la posterior tortura en el Ministerio del Amor.

Para finalizar, decimos que esta cacoutopía de Orwell, como así también la de Bradbury, en su *Fahrenheit 451* o la de Huxley, en *Un mundo feliz*, hoy, en pleno siglo XXI, son, casi en su totalidad, una realidad. Ya no podemos hablar de la mente afiebrada de un escritor que imaginó un mundo sin luz ni de un *no lugar*. Sólo hay que traspolar al perímetro de nuestra existencia algún pasaje de la trama de estos libros para confirmar el estado actual de la sociedad postmoderna.

Dijimos al comienzo que en la mente del ser humano está la semilla de todas las materializaciones futuras. Este pensamiento es, sin embargo, esperanzador a su vez, porque es al hombre a quien le cabe hacer la revolución. Y la revolución de la que hablamos es la interior, la mental, la que se denomina *metanoia*, es decir, un cambio de paradigma radical orientado hacia la Verdad.

El *Talmud* (1998: 28) nos instruye:

> *Y el ángel de la Verdad dijo entonces: "Oh, Dios de verdad, con el hombre se ha de llenar la tierra de falsedad".*
> *Todos callaron después de estas palabras, y al momento se oyó la voz de Dios que decía:*
> *"Tú, oh Verdad, le acompañarás en la tierra, aunque continúes aquí. Tú serás el eslabón que una la tierra con el Cielo".*

La sociedad ultramoderna en que vivimos es nuestro propio mito de Franskenstein. Vivimos, sin duda, el *automatismo golémico*, pero podemos revertir esta situación y hacer un Paraíso aquí y ahora.

En el lenguaje hebreo la palabra emét significa 'verdad', pero si le quitamos la primera vocal nos queda el término met: 'muerte'. Y de esto se trata: de que le restituyamos el álef a nuestras vidas.

Bibliografía

- "La verdad" en *Narraciones del Talmud* (1998). Autor desconocido. Buenos Aires: Buró Editor.
- Marechal, Leopoldo (1973). *Adán Buenosayres*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Orwell, George (200). 1984. Barcelona: Ed. Destino.
- Piglia, Ricardo (2006). "Una trama de relatos" en *Crítica y ficción*. Barcelona: Anagrama.

- *Santa Biblia. Antiguo y Nuevo Testamento*. Antigua versión de Casiodoro de Reina (1569) revisada por Cipriano de Valera (1602) y cotejada posteriormente con diversas traducciones, y con los textos hebreo y griego, Ed. Sociedades Bíblicas Unidas, 1957.